

INDICE DEL TOMO PRIMERO

128	.....	.....
129	.....	.....
130	.....	.....
131	.....	.....
132	.....	.....
133	.....	.....
134	.....	.....
135	.....	.....
136	.....	.....
137	.....	.....
138	.....	.....
139	.....	.....
140	.....	.....
141	.....	.....
142	.....	.....
143	.....	.....
144	.....	.....
145	.....	.....
146	.....	.....
147	.....	.....
148	.....	.....
149	.....	.....
150	.....	.....
151	.....	.....
152	.....	.....
153	.....	.....
154	.....	.....
155	.....	.....
156	.....	.....
157	.....	.....
158	.....	.....
159	.....	.....
160	.....	.....
161	.....	.....
162	.....	.....
163	.....	.....
164	.....	.....
165	.....	.....
166	.....	.....
167	.....	.....
168	.....	.....
169	.....	.....
170	.....	.....
171	.....	.....
172	.....	.....
173	.....	.....
174	.....	.....
175	.....	.....
176	.....	.....
177	.....	.....
178	.....	.....
179	.....	.....
180	.....	.....
181	.....	.....
182	.....	.....
183	.....	.....
184	.....	.....
185	.....	.....
186	.....	.....
187	.....	.....
188	.....	.....
189	.....	.....
190	.....	.....
191	.....	.....
192	.....	.....
193	.....	.....
194	.....	.....
195	.....	.....
196	.....	.....
197	.....	.....
198	.....	.....
199	.....	.....
200	.....	.....

ADRIANA

DE WOLSEY.

ORIGINAL DE

VENTURA HIDALGO.

TOMO II

MEXICO

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes, núm. 2.

1880.

ADRIANA  
DE WOLSEY.

ORIGINAL DE

VENTURA HIDALGO.

TOMO II

MEXICO

IMPRESA DE IGNACIO GUMBLIDO.

Calle de los Rebeles, num. 2.

1850

BIBLIOTECA DEL "SIGLO DIEZ Y NUEVE."

CAPÍTULO I.

DON CRECENCIO REDONDILLA.

Treinta palmos de largo por veinte de ancho tenia la tienda ó administracion donde expendia sus impresos la casa editorial de don Crencio Redondilla, situada en el centro de la calle Mayor.

Miles de libros de todos tamaños, profusion de papeles, infinidad de tinteros con abundancia de plumas, era lo primero que se echaba de ver al penetrar en ella, y volviendo la vista hácia la izquierda, un sér parecido á un hombre, de manera que por tal lo tomara el más experto si no echase de ver que carecia de la cualidad que más distingue al hombre de los demas anima-

les; esto es, de la risa. Aquel hombre que no se reía ni había reído jamás, nadie tampoco veía abrir aquella boca, aun cuando bostezara, por cubrirla un espeso bigote blanco desde las mismas narices hasta la punta de la barba. En cambio fruncía el ceño muy á menudo y abría desmesuradamente los ojos cada segundo, y váyase lo uno por lo otro.

Lo demas de su figura no tenía nada de particular, sobrábale de ancho lo que le faltaba de largo, y punto concluido. Su conversacion tampoco destacaba por ningun concepto, porque no la tenía; contestaba á las preguntas que se le dirigian con un no, ó un sí; cuando habia algun asunto sério de qué tratar, concluía con solo extender su brazo izquierdo señalando una puerta oculta detras de una cortina verde, como diciendo:

— Ahí se aclaran las dudas.

Esto, y poner constantemente en orden libros y papeles, era toda la ocupacion á que estaba dedicado el semi-hombre que

acabo de presentar á mis pacientísimos lectores.

En el momento que hacemos conocimiento con él, abría los ojos más que lo hiciera en toda su vida, y fijábalos en un hombre que, parado en la calle, colocaba con mucha calma unos quevedos de oro sobre su larga nariz, á través de los cuales leía el rótulo que coronaba la tienda. Debió acomodarle el tal, pues penetró en ella, y despues de pasear sus ojos por cuanto ante ellos se ofrecia, fijólos en nuestro hombre, que, á haber podido abrir más los suyos, sin duda alguna lo hiciera. Despues de ese choque de miradas, repuso el recién llegado en pésimo español:

— ¿Es usted el editor don Crencencio Redondilla?

— No, señor.

— Pues no podemos entendernos: necesito verle á él.

Extendió el interpelado su brazo izquierdo en direccion á la cortina verde, y el ex-

tranjero, sin pedir más explicaciones, salvó aquella puerta, encontrándose desde luego en un aposento cuadrilongo, amueblado con algunas sillas ni muy lujosas ni muy nuevas, una mesa repleta de papeles, y detras de ella, sepultada en un vetusto sillón, una figura humana, á juzgar por la nariz, que era lo primero que se echaba de ver en ella.

Este hombre era la antítesis del primero. Figúresele el lector, algo alto, muy alto, más alto que el más irregular, flaco, tan flaco, que con solo despojarle de las prendas de paño en que iba envuelto, podía figurar dignamente en un gabinete de Anatomía. Calvo desde los ojos hasta el cogote, y sin pelo de barba su rostro, semejaba su cabeza, mirada de frente, una cruz mal hecha, cuyos brazos formábanlos sus orejas, tan anchas y tiesas eran ellas. Mirado de perfil, podía apreciarse mejor toda la extension de su colorada y puntiaguna nariz, que no llegaba á cuarta y media, sobre la que tenia puestos unos espe-

juelos de crecidas dimensiones, con tal seguridad, que parecian formar parte de su misma persona. Su boca, abierta más de lo regular, no por su culpa, sino por haberla habituado á una constante sonrisa, bajo la cual disimulaba nuestro hombre todas sus impresiones, sonrisa que permitia ver las verdi-negras ruinas de la que en otro tiempo fué su dentadura, por entre cuyas grietas y boquetes salianle las palabras que pronunciaba atropelladamente, unas veces á medias, otras silbando, y casi siempre acompañadas de un rocío pegajoso, con el que ponía la cara de su interlocutor, que era una bendicion de Dios. Tal era don Crecencio Redondilla, editor muy conocido en Madrid, ante el cual se presentó nuestro extranjero, que con solo decir que era inglés, queda hecho su retrato. Alto, lleno de carnes, mofletes colorados, rubio y sério. Este fué el que hizo levantar á don Crecencio de su poltrona, y despues de una profunda reverencia, de ofrecerle oficiosamente un asiento y mirar-

le de alto á bajo dos ó tres veces consecutivas, preguntó: —En qué puedo tener el honor de servir á usted?

—¿Creo estar hablando con el editor don Crecencio Redondilla?

—Muy servidor de usted, contestó éste inclinándose profundamente.

Movió el inglés ligeramente la cabeza y continuó:

—Vengo á pedirle á usted un favor.

Esta última palabra, á ser posible, hubiera bastado por sí sola á apagar la sonrisa en los labios del editor, que con ménos amabilidad y fijando sus ojos en un manuscrito, continuó:

—Explíquese usted.

—Deseo llegar hasta un autor que usted conoce.

—¿Su nombre?

—Enrique de Velasco.

Fijáronse los ojos del editor en el extranjero de manera que hicieron exclamar á éste:

—No creo equivocarme; el señor Redondilla es el editor que ha publicado el libro titulado *El Buen Criterio y el Siglo XIX*, original de Enrique de Velasco; luego si usted es el editor, no debe serle desconocida la persona por quien pregunto.

—Cierto; ¿y se reduce el favor que usted me pide á que le indique la habitacion del señor de Velasco?

—Segun y conforme.

—¡Ah! . . . .

—Me explicaré; ha llegado á mis oidos que dicho señor ha terminado su segunda obra, y deseo leerla. . . .

—No se ha publicado todavía.

—A eso voy; deseo leerla, no solamente antes que se publique ni se dé á la imprenta, sino antes que usted la compre.

Moviése el señor Redondilla en su butaca como si hubiese alfileres en ella, y contestó:

—Ha llegado usted tarde; la obra está en mi poder.

—Sin embargo, no es propiedad de usted todavía.

—Ya está extendido el contrato, y falta solo firmarlo.

—Que es el sér ó no sér; contestó el inglés con su inalterable calma. Antes de firmar ese contrato, es la obra propiedad de su autor; despues de firmado, pasará á serlo de usted, ¿no es esto?

—Esto es, mas . . .

—Pues bien, ántes de firmarlo, necesito yo leer la obra.

—Pero ¿no comprende usted que es absurdo lo que pide?

—No, señor.

—¿Cree usted que habrá editor en el mundo que acceda á tal proposicion?

—Me basta con que acceda usted.

—Pues yo, aun cuando sienta no complacerle, debo decirle que es imposible lo que usted desea.

—Ignoro dónde vive su autor, prosiguió el inglés sin desconcertarse, y aunque me seria fácil saberlo, me he dirigido á usted

ántes que á él, porque en poder de usted está el original, y para que pase de sus manos á las mías, es el camino más corto. Mas puesto que usted se niega á complacerme, obtendré de su verdadero dueño que me conceda de balde el favor que estaba dispuesto á pagarle á usted en cuanto usted lo estimase.

Abrió desmesuradamente los ojos el señor Redondilla; cerrólos y volviolos á abrir, como si tuviera en sus párpados algo que le impidiera ver claro, y exclamó, tartamudeando por primera vez en su vida:

—Pero, caballero, ¿qué más le da á usted leer la obra impresa á leerla manuscrita?

—Un impreso lo lee cualquiera, y un manuscrito no; por ese deseo leer el original.

—¿De modo que es solamente capricho?

—Tómelo usted como quiera.

—Mas debe usted calcular que yo soy responsable de esta obra.

—Yo le daré, en cambio de ella, todas

las garantías que usted quiera. ¿En cuánto la compra usted?

—Me dispensará usted. . . . murmuró el editor poniéndose colorado como un pavo; no hemos cerrado el contrato todavía. . . . Además. . . .

—No importa. ¿Le parece á usted que puedo leerla dejándole en rehenes tres mil pesos?

Tan violento salto dió el editor en su poltrona, que se le oyeron crujir los huesos, pudiendo solo balbucear:

—¡Oh! caballero. . . .

—¿Le parece á usted poco? prosiguió el inalterable inglés. Pues bien; doblo la cantidad, con la condicion de que usted me devolverá el dinero al entregarle yo la obra, reservándose lo que crea conveniente por los perjuicios que le haya podido ocasionar mi capricho ó como usted lo llame.

El editor no podia estarse quieto: bailábase los piés; restregábase las manos por debajo de la mesa, y no acertaba qué contestar á aquel delicioso extranjero que

iba á su casa á pedirle el favor de que aceptara seis mil duros en cambio de un manuscrito, del cual estaba seguro que tendría su autor una copia. Bien es verdad que podría darle algun disgustillo la desaparicion de tal; mas en caso apurado, con indemnizar al señor de Velasco hasta taparle la boca, salia dignamente del paso.

Esto y algo más, permitióle reflexionar el opulento inglés ántes de preguntarle:

—¿Le conviene á usted mi proposicion?

—A grandes disgustos me expongo al acceder á ella; no obstante, el deseo de complacer á usted, me hace pasar todo, y acepto, suplicándole me devuelva la obra cuanto ántes.

—¡Oh! descuide usted; esto corre de mi cuenta, pues creo que cuantos ménos dias la tenga en mi poder, ménos tendré que indemnizarle por ella.

—Corriente. ¿Ahora querrá usted extender un contrato? . . . .

—Para qué? Usted no me negará mi dinero al devolverle yo la obra, por la cuenta

que le tiene; yo no me quedaré con ella, por la que me tiene á mí; por lo que todo contrato es inútil.

Comprendió el editor con quién se las había, y encogiéndose de hombros, abrió uno de los estantes de la librería, colocada detras de su poltrona, y sacó de él un voluminoso legajo atado con una cinta verde diciendo:

—Aquí tiene usted la segunda obra de Enrique de Velasco, titulada: *El Mundo á vista de pájaro*.

Desabrochóse su gaban el inglés y sacó de uno de sus bolsillos interiores una cartera repleta de billetes de Banco, arregló con ellos la cantidad ofrecida, que entregó al señor Redondilla, diciendo:

—Aquí tiene usted seis mil duros en billetes del Banco de España.

Contólos el editor y despues de mirarlos y remirarlos por todos lados y á todas luces para probar su legitimidad.

—Perfectamente, dijo.

Y sin más ceremonia, guardólos bajo lla-

ve en un cajon de la mesa que tenia delante.

Cogió el inglés el legajo, y despues de leer la cubierta, tendió la mano al editor, saliendo inmediatamente en direccion á la calle, miéntras aquel murmuraba restregándose las manos con la mayor satisfacion:

—¡Soberbio, soberbio negocio! No puede negarse que valen mucho los ingleses.

Al salir nuestro extranjero de la librería, entraba en ella un jóven, embozado en una raida capa. El segundo no paró mientes en el primero, á pesar de codearse con él, más éste se detuvo hasta que el recién llegado desapareció tras la verde cortina, y y murmuró entre dientes:

—¿Será este mi hombre? ... Fuerza es saberlo.

Bajo la impresion del singular suceso que acababa de ocurrirle, recibió el editor á su nuevo visitante, que sentándose en la misma silla que el inglés dejara, y sin fijarse en la turbacion que el señor Re-



dondilla procuraba en vano disimular, preguntó:

—Y bien, ¿será cosa de que nos entendamos?

—Así lo espero, contestó el preguntado parapetándose en su constante sonrisa. Su segunda obra vale algo más que la primera, como tuve el honor de decir á usted, por lo que es muy justo poner el precio al nivel del mérito.

—Mucho tendríamos que hablar sobre eso, mas no está mi cabeza para discusiones. Mi primer libro, más que venta fué un regalo que á usted hice; mi segundo es mi porvenir, y estoy poco dispuesto á cederlo como hice con el primero.

—¡Oh, oh! no tanto, señor de Velasco; hé ahí cómo el demasiado amor propio es la perdición de muchos escritores.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que su primera obra no valia lo que le dí por ella, si he de juzgar por lo que en su publicacion he perdido. Su segunda reúne mejores condiciones y verdades co-

mo templa; mas esta clase de obras son las que tienen ménos salida, esté usted seguro; porque ¿quién quiere usted que las lea? ¿Nuestra moderna sociedad? O la conoce usted muy poco, ó debe usted comprender que no abruma su imaginacion con tales lecturas, la mayor parte, porque no las comprende; la otra, porque le disgusta verse retratada tan á lo vivo, y huye de quien la echa en cara sus defectos. Los viejos, hartos de saber lo que usted en su libro les dice, prefieren á él cuatro mentiras alegres y relamidas, cuatro sátiras punzantes que logren hacerles olvidar, aunque momentáneamente, lo que recuerda cada página de su obra.

—¿De modo que todo mi trabajo, todo mi afán y desvelos son perdidos?

—No tanto; siempre habrá algún curioso que lo lea, pero son los ménos, no le quepa á usted duda, señor de Velasco. ¿Por qué en vez de esa clase de obras no se dedica usted á la novela?

—¿Yo escribir novelas?

— Parece sorprenderle. . . . ¿Por qué no?

— Serian demasiado amargas, señor Redondilla; tampoco encontrarían quien las leyera; además; mi númen no es para mentiras. Dejemos, pues, esta cuestion, que á nada conduce, y hablemos de mi libro. Que es bueno, yo lo sé; que es malo, usted lo dice. Yo sé que es bueno, porque sé lo que en él he escrito; usted pretende ponerle todos los defectos, porque va á comprarlo. Acabemos, pues, este negocio, ántes que acabe mi paciencia. ¿En cuánto estima usted mi obra?

— En doble que la primera. . . . Me parece. . . .

— ¡Cuatro mil reales! exclamó el jóven.

— No se puede dar más por ella.

— ¡Dos años de trabajo, de insomnios y sufrimientos por cuatro mil reales! . . . ¿Qué hago con esa cantidad?

— Si no considerara la mala situacion en que usted se encuentra, no fuera yo tan pródigo, pues. . . .

— Basta, basta; interrumpió el autor con un movimiento desesperado.

Hubo un momento de silencio, en el que don Crecencio tuvo fijos los ojos en el agitado jóven, mientras éste, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, parecia engolfado en sus reflexiones; más levantándose luego, con un brusco movimiento, repuso:

— Deme usted la obra.

— ¿Qué va usted á hacer de ella? murmuró el editor palideciendo.

— Romperla, quemarla. . . . ¿qué sé yo? Deme usted la obra.

— En este momento me es imposible, repuso el señor Redondilla sin poder ocultar su turbacion, que á estar el jóven más en sí, debiera haber extrañado.

— ¿Por qué?

— La tengo en mi casa, y hasta mañana. . . . ya ve usted, son las diez de la noche. . . .

— Está bien; mañana vendré por ella.

— Calmese usted, señor de Velasco, y

medite con sangre fría lo que va á hacer. No son tan despreciables cuatro mil reales en estos malos tiempos, para tirarlos así como se quiera.

—¡Oh, bien se conoce que no ha escrito usted en su vida! Es mucho más fácil vender un libro que componerlo.

—Cierto, mas...

—Basta, señor de Redondilla, ó me da usted diez mil reales por la propiedad de mi obra ó la quemo.

—Imposible, imposible, caballero.

—Está bien, mañana me la entregará usted, aunque tenga que ir á su casa por ella.

—Como usted guste... mas piénselo bien.

Salió nuestro heroe de la librería, en tanto que el editor decia para sí:

—Es muy capaz de exigirme los diez mil reales. ¡Caramba, qué humillos va poniendo!... Bien es verdad que más tendría si comprendiera lo que vale.

Una vez en la calle el jóven escritor,

echó á andar precipitadamente, y sin cuidarse de si podrian oirle, murmuraba:

—¡Mi última esperanza desvanecida! ¡Oh, es imposible salir de mi oscuridad!...

Dobló la esquina de la calle de Correos, metióse en el callejon donde estaba su vivienda, y hubieron de llamarle la atencion unos pasos tan precipitados como los suyos, oidos siempre á igual distancia. Detúrose ante la puerta de su casa, y mientras la abria, divisó á un hombre que, parándose á pocos pasos de él, miróle fijamente y prosiguió su camino.